

Trazos

Para una bibliografía comentada de Alfonso Reyes, con especial atención a su postergada antología mexicana: En busca del alma nacional

Adolfo Castañón

En su discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, Adolfo Castañón repasa la obra monumental de Alfonso Reyes y su postergada antología mexicana: En busca del alma nacional. La admiración de Castañón por Reyes —poeta, escritor, editor y purista de la lengua como él— está presente a lo largo del texto, así como su compromiso con aquellos que lo antecedieron en el sitio que hoy ocupa. “Vengo —dice— a recoger la antorcha y a cuidar el rescoldo que arde en la silla número II en la que me han precedido personas tan insignes como don Francisco Monterde y don Héctor Azar”.

para Gabriel Zaid

La Academia tuvo su nacimiento en el seno de la amistad (...) la amistad cunde entre los trabajos de los hombres consagrados a las letras (...) Los verdaderos amantes de las artes sólo pueden ser amigos. No se puede ponderar hasta qué punto esa amistad suscitada por la contemplación, la inteligencia y el gusto de las bellas artes, puede alegrar, consolar y ayudar al hombre a ser dueño de sus propias ideas. No hay nada más serio y exigente que la alimentación y la transmisión de la propia alegría intelectual.¹

¹ Voltaire, “Discours de M. de Voltaire à sa réception à l’Académie Française, prononcé le lundi 9 mai, 1746” en *Voltaire: Mélanges*, Gallimard, Col. Pleiade, Paris, 1961, pp. 241-252.

Alfonso Reyes (1889-1959) es autor de una obra monumental en su extensión, compleja en sus derivaciones y dueña de un ascendiente que ha ido creciendo en el espacio y con el tiempo. En este año de 2005 se conmemoran cien de las primeras incursiones de Alfonso Reyes en la letra de molde,² cincuenta del inicio

² Las primeras incursiones de Alfonso Reyes en la prensa fueron, según han recordado el propio Alfonso Reyes y Gabriel Zaid, la publicación de los tres sonetos —*La duda*— inspirados en un grupo escultórico del discípulo de Miguel Ángel, Nicola Cordier (1657-1612), conocido como el *Franciosino* (Monterrey, 28 de noviembre de 1905) y el “Nu evo estribillo” (parodia de intención política al *Viejo estribillo* de Amado Nervo) en *Sucesos. Diario de México* (México, 24 de mayo de 1905). Además en ese



Carlos Fuentes

Alfonso Reyes visto por Carlos Fuentes

en 1955 de la edición de sus *Obras completas* y ciento treinta de la fundación de esta ilustre Academia. Dentro y fuera del país, dentro y fuera de las fronteras de la lengua, los estudios sobre la obra de Alfonso Reyes han ido proliferando y, si se le llegan a escatimar virtudes en una vertiente, se le vienen a encontrar cualidades en otra. A pesar de que hace apenas unos años, gracias a la perseverancia acuciosa de su discípulo don José Luis Martínez, Director honorario perpetuo de esta corporación, se editaron los últimos volúmenes de sus *Obras completas* que constan de veintiséis tomos y alrededor de doce mil quinientas páginas —un laborioso proceso que duró treinta y ocho años—, a pesar de que se han compilado en dos gruesos tomos sus informes y escritos como enviado y embajador bajo el título *Misión diplomática*,³ a pesar de que ya se han identificado y editado alrededor de unos cincuenta epistolarios, compilados por un batallón de especialistas —como Fer-

nando Curiel, Claude Fell, Alejandro González Acosta, Zenaida Gutiérrez-Vega, José Luis Martínez, Leonardo Martínez Carrizales, Alberto Enríquez Perea, Héctor Perea, Paulette Patout, Anthony Stanton, Serge Zaitzeff, entre muchos otros—, y aunque todavía queda pendiente de editar o reeditar decorosamente cierta parte de su obra (principalmente el *Diario* hasta ahora inédito en su totalidad pero en el cual ya se encuentra trabajando un equipo de especialistas provenientes de diversas instituciones)⁴ y si bien quedan por hacer ediciones críticas de diversas ediciones y traducciones suyas en prosa o en verso (del *Poema del Mio Cid* al *El panal ru-*

moroso de Bernard de Mandeville), y más allá de que falte reunir en un volumen las diversas entrevistas que concedió (por ejemplo a Emmanuel Carballo, Alfredo Cardona Peña o a Elena Poniatowska), cabe decir que a estas alturas se puede tener una visión cabal y panorámica de ésta que es una de las obras más ambiciosas, renovadoras y complejas de la literatura hispánica e hispanoamericana del siglo que, apenas hace cincuenta meses, acaba de pasar.

La obra de Alfonso Reyes es sin duda algo —y algo nuevo— que le pasó a la lengua española en la primera mitad del siglo xx. La posibilidad de su supervivencia editorial no hubiese podido darse sin la entrega religiosa en la práctica de Alfonso Reyes a su vocación y luego, a su muerte, sin la visión de su viuda Manuela Mota, sin la generosa y abierta constancia de la doctora Alicia Reyes Mota, su nieta y heredera, quien siguiendo las pautas trazadas por el propio autor, continuó el proceso de clasificación, organización y disposición de los caudalosos archivos del poeta-polígrafo, publicando entre otras cosas treinta y seis entregas del *Boletín de la Capilla Alfonsina* entre 1965 y 1981,⁵ amén de autorizar la edición de las numerosas correspondencias. Se diría, sin embargo, que la tarea crítica apenas empieza. Y es que los veintiséis tomos de éste que fue el principal escritor mexicano en verso y en prosa de la primera mitad del siglo xx se fueron imprimiendo entre 1955 y 1993 conciliando en general un criterio cronológico y temático. Primerose editaron doce volúmenes bajo el cuidado del propio autor; luego, el poeta y erudito nicaragüense Ernesto Mejía Sánchez (1923-1985) editó nueve y finalmente su discípulo y amigo José Luis Martínez concluyó la edición de los cinco finales para alcanzar así veintiséis. Con todo, “el más fino estilista de la

³ Alfonso Reyes, *Misión diplomática*. Dos tomos. Compilación y prólogo de Víctor Díaz Arciniega, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Relaciones Exteriores, primera edición, México 2001, pp. 824 y 640 respectivamente.

⁴ Por parte de Javier Garciadiego, Fernando Curiel, Belem Clark, Alfonso Rangel Guerra, Víctor Díaz Arciniega, Alberto Enríquez Perea y Adolfo Castañón, bajo la tutela de Don José Luis Martínez.

⁵ *Boletín Capilla Alfonsina*, Dirección: Alicia Reyes; Consejero: Alfonso Reyes Mota; Proyecto: Fernando Díaz de León. A partir del número 14 incluye las secciones: Editorial; Cartas al Boletín; Conmemoración; Noticias; De viva voz; Grata compañía; Marginalia; Entre libros; De y sobre Alfonso Reyes; Astillas; Briznas; Publicaciones recibidas.

prosa española del siglo xx”, al decir insistente de Jorge Luis Borges, no ha podido ser objeto hasta ahora de una formulación editorial más armónica y transparente, aunque es indudable la fortuna de un *corpus* tan vasto que ha logrado expresarse en su casi totalidad.

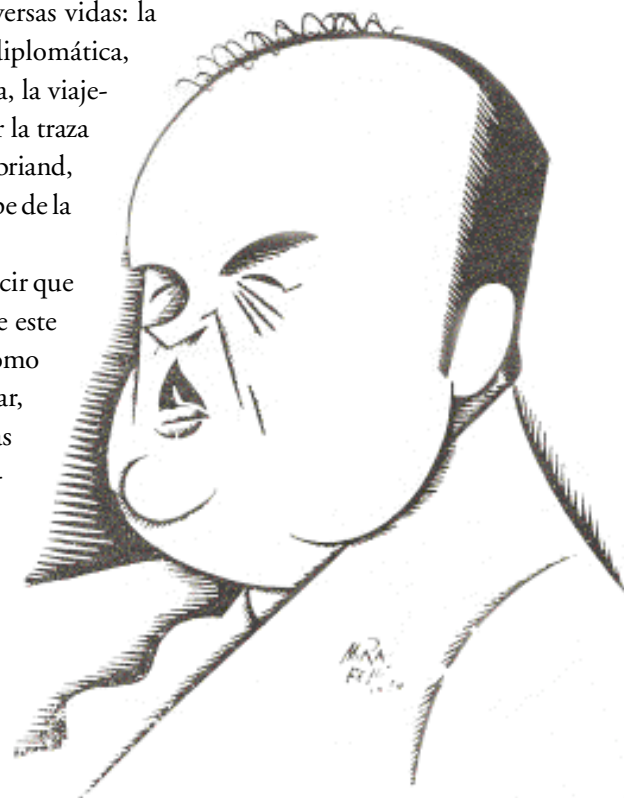
Acaso esta razón pueda explicar la impaciencia o el asombro de algunos lectores ante una obra inconmensurable; acaso ella sea capaz de dar cuenta de la proliferación vertiginosa de antologías, analectas y selecciones que van cundiendo desde los años en que el mismo Alfonso Reyes vivía hasta, por ejemplo, la *Antología temática. Recoge el día* escogida por Alfonso Rangel Guerra (1997), una *Ventana inmensa*, la antología poética prologada por Octavio Paz y preparada por Gerardo Deniz, o la serie de analectas que ya anuncian para este año y los futuros el Instituto Tecnológico de Monterrey, la Fundación para las Letras Mexicanas y el Fondo de Cultura Económica bajo la égida de Carlos Fuentes, para no hablar de antologías singulares como *El cielo no se abre, Semblanza documental de Alfonso Reyes* preparada por Fernando Curiel. Esta lluvia antológica de letras alfonsinas que abarca desde los ensayos filosóficos, la poesía y la narrativa hasta las viñetas eróticas,⁶ traduce la dificultad de asimilar adecuadamente el vasto *corpus*, y seguramente continuará en el futuro hasta que el tiempo vaya redondeándolo en sus diversos cantos esenciales. Antológica lluvia, por cierto, benéfica, pues gracias a ella Reyes es uno de los lectores más leídos y comentados en la calle y en la plaza, dentro y fuera de la academia universitaria, y gracias a esa lluvia no se ha roto el hilo de la lectura y la relectura que va acercando al autor al cauce de la tradición.⁷ De hecho, se puede decir que el nombre risueño y cordial de Don Alfonso funciona como un “ábrete-sésamo” que, por todo el orbe, latino e iberoamericano, franquea puertas y crea filia- ciones y amistades. No otra cosa quieren decir los ocho volúmenes de *Páginas y más páginas sobre Alfonso Reyes* que, bajo la atención compiladora de Alfonso Rangel Guerra y James Willis Robb,⁸ ha realizado El Colegio Nacional, editor por cierto de una buena parte de los

epistolarios. No otra cosa quieren decir los diversos estudios y discursos que los miembros de esta Academia Mexicana de la Lengua y de otras academias le han dedicado.

La arquitectura de dichas *Obras completas* sólo empieza a aclararse hacia los últimos tomos cuando se van ordenando los diversos libros de y sobre creación, teoría literaria, cuestiones helénicas, prosa de ficción y marginalia, “notitas”, como diría algo desesperado el propio Alfonso Reyes: “Yo me muero de notitas. Quisiera, en un gran desperezo, organizar todo”.⁹

Esta situación editorial también es causa de que hasta la fecha y a pesar de los contados libros substanciales escritos sobre Alfonso Reyes —como lo son la *Guía para la navegación en los mundos de Alfonso Reyes* de José Luis Martínez; los de Alfonso Rangel Guerra: *Las ideas literarias de Alfonso Reyes* (1989); el de Bárbara B. Aponte, *Alfonso Reyes and Spain* (1985), misteriosamente todavía no traducido al castellano; el de Ralph Ellison, *Alfonso Reyes y el Brasil* (2002); el de Paulette Patout: *Alfonso Reyes y Francia* (1978, 1990); la tesis todavía inédita como libro de Alberto Enríquez Perea: *Alfonso Reyes y el nacimiento del Nuevo Estado Brasileño (1930-1936)*—, no se cuenta aún con una obra crítica, integral y sistemática digna de la envergadura del autor y capaz de abarcar en un solo cuerpo sus diversas vidas: la literaria, la política y diplomática, la doméstica y amorosa, la viajera y errante; para calcar la traza propuesta por Chateaubriand, otro acaudalado príncipe de la experiencia.

Entretanto, cabe decir que para abordar la obra de este “Erasmus americano”, como lo llamó Julio Cortázar, en su actual o en futuras formulaciones editoriales resultará indispensable remitirse a los siguientes instrumentos: *Alfonso Reyes digital. Obras completas y dos epistolarios* en CD Rom, publicado por la Fundación Tavera y el Fondo de Cultura Económica en 2002¹⁰ donde se alojan, digita-



⁶ Eloy Garza González, *El erotismo en Alfonso Reyes* (selección y prólogo), Sindicato de Trabajadores de la Universidad Autónoma de Nuevo León, Monterrey, México, 1991.

⁷ Entre los estudios y relecturas recientes cabe anotar, sin ánimo exhaustivo: 1) Leonardo Martínez Carrizales, *La sal de los enfermos. Caída y convalecencia de Alfonso Reyes*, París, 1913-1914, Universidad Autónoma de Nuevo León, Consejo para la Cultura de Nuevo León, pp. 126; 2) Pol Popovic y Edith Negrín, *Alfonso Reyes: perspectivas críticas*, Monterrey, 2004; 3) Rogelio Arenas Guzmán, *Alfonso Reyes y los hados de febrero*, UNAM/Universidad Autónoma de Baja California, México, 2004; 4) Eugenia Houvenaghel, *Alfonso Reyes y la historia de América. La argumentación del ensayo histórico: un análisis retórico*, Fondo de Cultura Económica, México, 2003.

⁸ Alfonso Rangel Guerra y James Willis Robb, compiladores, *Páginas sobre Alfonso Reyes*, cuatro volúmenes, El Colegio Nacional, México, 1995-1997.

⁹ Citado por Alfonso Rangel Guerra en: *Las ideas literarias de Alfonso Reyes*, El Colegio de México, primera edición 1989, primera reimpresión México, 1993, p. 51.

¹⁰ Alfonso Reyes, *Alfonso Reyes digital. Obras completas y dos epistolarios* con textos de José Luis Martínez, Alicia Reyes y Adolfo Castañón, Fondo de Cultura Económica/Fundación Mapfre Tavera/Fundación



Dibujo de Elvira Gascón

lizados, los textos íntegros de los veintiséis tomos de las *Obras completas*, editadas por el Fondo de Cultura Económica, la primera parte del epistolario cruzado por Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes entre 1907 y 1914, el epistolario con Julio Torri, amén y a más de una introducción extensa y de una bibliografía exhaustiva de José Luis Martínez y de unos ensayos aproximativos de su heredera Alicia Reyes y del de la voz.

El disco compacto permite por supuesto hacer calas y búsquedas sistemáticas en el caudal impreso de las *Obras completas* y las correspondencias ahí incluidas, y no puede pasarse por alto su existencia ya que, más allá de incluir las obras de nuestro gran poeta y humanista (el único hasta ahora presente en la Biblioteca Andrés Bello

Hernando de Larramendi, *Biblioteca Andrés Bello de Polígrafos Hispanoamericanos*, bajo la dirección de Xavier Ajenjo Bullón, primera edición, México, 2002, 1 disco compacto.

de Polígrafos Hispánicos, dirigida por Don Xavier Ajenjo Bullón junto con Isidoro de Sevilla y Marcelino Menéndez y Pelayo), está anunciando con su existencia misma los albores de una nueva edad editorial y digital. El CD Rom es heraldo de un cambio radical de paradigma del orden crítico y libresco sólo comparable —como ha señalado Ivan Ilich en *El viñedo del texto, Ecología de la lectura: un comentario al "Didascalicon" de Hugo de Saint-Victor (1993-2002)*¹¹ a la revolución editorial que significó para la cultura del libro la invención de la página con títulos y capítulos y el advenimiento de la "tecnología" del índice alfabético, entre otros instrumentos, que trajeron consigo una revolución silenciosa pero de incalculables efectos en la transmisión del conocimiento libresco y de la práctica de la lectura individual y colectiva. Contar con dicho género de herramientas para el mejor conocimiento y trabajo de la memoria literaria mexicana abre necesariamente puertas y horizontes que la edición tradicional artesanal, metálica y mecánica no sabría soslayar, del mismo modo que la edición en disco compacto de un texto como el del *Diario Histórico de México 1822-1848* de Carlos María de Bustamante, preparado por Josefina Zoraida Vázquez, revolucionará el conocimiento de la historia de México durante la Independencia y a principios del siglo XIX. La aparición de estos disquitos prodigiosos y de lo que los entendidos nombran hiper-texto abre muchas puertas y alienta la fantasía editorial, como por ejemplo, la de que el día de mañana, con los cimientos que esta traza digital supone, no sólo se editen antologías por así decir "perfectas" o más metódicas en su respaldo e investigación documental sino que, más allá, se llegue a publicar algún día el *Diccionario de Alfonso Reyes* cuyo modelo ya se tiene, sin ir más lejos en el *Dictionnaire de Michel de Montaigne*, publicado¹² hace unos meses.

Las otras aproximaciones sinópticas de las que no sabría prescindir el estudioso de la vida y la obra de Alfonso Reyes son la semblanza biográfica escrita por su nieta, Alicia Reyes, que a lo largo de los años se ha ido reeditando (1976, 1989, 1997, 2000). La ya mencionada *Guía para la navegación en los mundos de Alfonso Reyes* (1992) de José Luis Martínez¹³ donde el crítico literario desmenuza las vetas que sigue la obra de Reyes en sus diversos géneros y estaciones. La cuarta es la bre-

¹¹ Ivan Ilich, *En el viñedo del texto. Ecología de la lectura: un comentario al "Didascalicon" de Hugo de San Víctor*, traducción Marta I. González García, revisión del latín Alfonso González, revisión del inglés José A. López Cerezo, Fondo de Cultura Económica, primera edición en español, México, 2002, pp. 210.

¹² *Dictionnaire de Michel de Montaigne* sous le direction de Philippe Desan, Honoré Champion, Paris, 2004.

¹³ José Luis Martínez, *Guía para la navegación de Alfonso Reyes*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, Colección Cátedras, primera edición, México, 1992, pp. 214.

ve y reveladora vida de Alfonso Reyes escrita por el historiador mexicano Javier Garcíadiego. Esta última, publicada en una serie de gran tiraje y dirigida al gran público, tiene menos de ciento cincuenta páginas (el autor ha tenido tiempo de ser breve); expone y ordena un aspecto poco trillado. Me refiero al perfil político, civil y público del creador infatigable de instituciones, a la estampa de Alfonso Reyes como actor civil, hombre de acción y aun acaso como estadista, según ya se desprende de la colección de informes diplomáticos editada hace unos años.¹⁴ Acucioso conocedor de la historia nacional en el periodo de las revoluciones armadas que sacudieron a México en los albores del siglo y de la vida universitaria en ese periodo, el autor de *Alfonso Reyes*,¹⁵ es capaz de abordarlo desde la perspectiva original de las vastas redes y tramas políticas que le tocó devanar. En esta vida se enfatiza ya no la revolución que significó la obra de Alfonso Reyes para la prosa en lengua española y su papel clave en el proceso de la difusión didáctica de los saberes especializados —humanísticos o no— (como ha señalado recientemente el poeta José Emilio Pacheco)¹⁶ sino en las vidriosas decisiones que tuvo que vencer nuestro escritor, como político, como hijo de un político y como parte de una familia inevitable y fatal, si no fatídicamente, involucrada en el intermitente orden público y político de México para lograr entronizarse como uno de los grandes constructores y arquitectos institucionales de la cultura mexicana y como uno de los mexicanos eminentes, como diría Enrique Krauze siguiendo a Lytton Strachey.

Reyes no sólo tuvo que superar las circunstancias personales, familiares y aun nacionales derivadas de la muerte trágica o bochornosa del general Bernardo Reyes el 9 de febrero de 1913, fecha en que inició la Decena Trágica que culminó con el sacrificio del presidente le-

gítimo, Francisco I. Madero, junto a por lo menos cincuenta mil otros mexicanos; Reyes además tuvo que resolver en los años posteriores, ya fuera del país y del sistema, no pocas dificultades prácticas y disipar las ambigüedades derivadas de la reciente institucionalización mexicana a la que terminaría sumándose a partir de 1921 —a instancias de José Vasconcelos, entonces al servicio de Álvaro Obregón—, al tiempo que iba creando una obra caudalosa y excepcional por sus virtudes críticas, estéticas y éticas y posteriormente trabajando desinteresadamente dentro del Estado para abrir espacios para la cultura que, apenas ahora, gracias al tesón de él mismo, sus herederos, albaceas literarios y estudiosos podemos apreciar en su panorámica vista. Bajo estas luces, habría que matizar las fáciles críticas de que aún hoy, por ejemplo en la pluma del ilustre Mario Vargas Llosa, ha sido objeto Alfonso Reyes por su vinculación con el poder.¹⁷

Una pregunta que debería hacerse todo editor futuro de la obra de Alfonso Reyes se refiere a los criterios de ordenación de su obra, y si cabe seguir —o se han seguido ya, al menos parcialmente— las pautas editoriales que él mismo manifestó en 1926, mitad en serio, mitad en broma, en la “Carta a dos amigos” (Genaro Estrada y Enrique Díez-Canedo) a quienes piensa entonces nombrar albaceas (la irónica realidad haría que sus amigos fallecieran antes y se le adelantaran en su encuentro con la muerte). Ahí Reyes expresa que es necesario tener en cuenta ciertos lineamientos editoriales: a) libros “verdaderos que hay que respetar como están; poemáticos, cíclicos”, por ejemplo *Visión de Anáhuac*, sobre la cual advierte: “Nadie la toque”; b) obras de agregación casual; c) “verdaderos libros inéditos”. Luego sugiere: “Muchas otras combinaciones pudieran intentarse; por ejemplo: agrupar todo lo relativo a México...”;¹⁸ y pone como ejemplo un título y un proyecto que lo acompañará como tal desde entonces hasta su muerte: la antología de escritos mexicanos que en ese 1926 tenía por título: *En busca del alma nacional*, al gusto de una época que invocaba a cada paso “el alma” de los diferentes pueblos —desde el “alma rusa” hasta el “alma portuguesa”. El proyecto recibiría otros: el úl-

¹⁴ Alfonso Reyes, *Misión diplomática*, dos tomos, compilación y prólogo de Víctor Díaz Arciniega, Fondo de Cultura Económica/Secretaría de Relaciones Exteriores, colección Tezontle, primera edición, México, 2001, pp. 824 y 640 respectivamente.

¹⁵ Javier Garcíadiego, *Alfonso Reyes*, Colección dirigida por José Manuel Villalpando, Editorial Planeta DeAgostini, S.A. de C.V., Grandes Protagonistas de la Historia Mexicana, México, 2002, pp. 149.

¹⁶ Conferencia magistral sobre Alfonso Reyes dictada en Cuernavaca, Morelos, en el marco del otorgamiento del doctorado *Honoris Causa* a José Emilio Pacheco el día 21 de enero de 2005 por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos. (Transcripción de A.C.)

¹⁷ Cf. Mario Vargas Llosa, “Un hombre de letras”, *El País*, domingo 20 de febrero de 2005, pp. 11 y 17.

¹⁸ En: “Carta a dos amigos”, *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo IV, pp. 475-482.

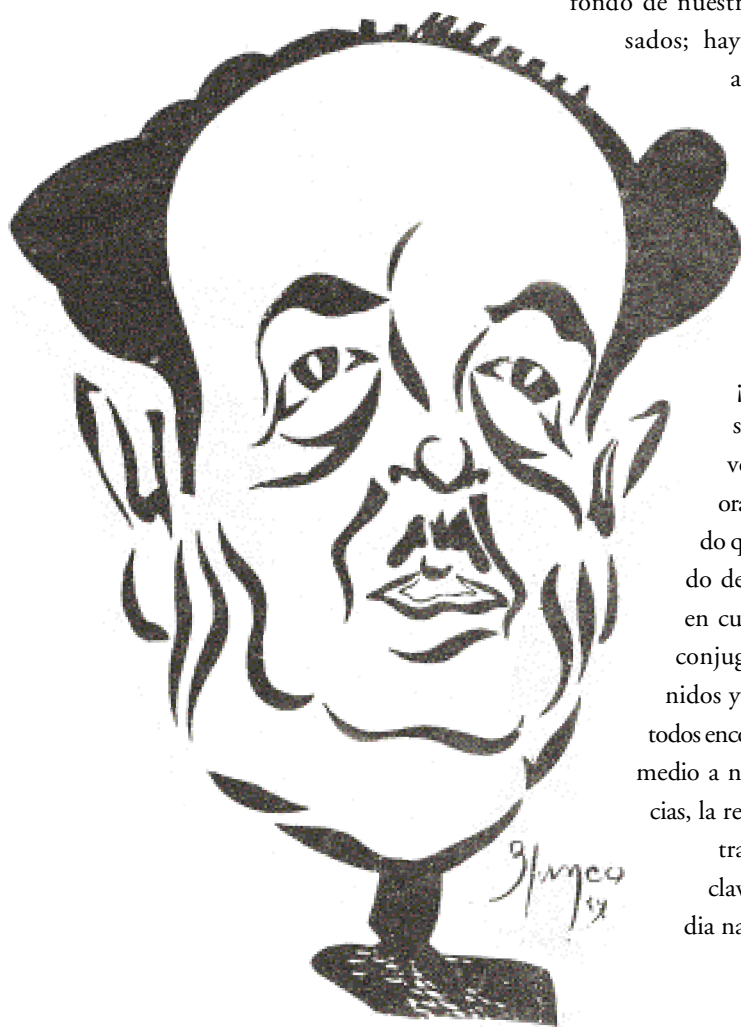
La conciencia individual del dolor personal y social lo lleva de la mano a la postulación de la reconciliación y la concordia como un ideal social, cultural y literario.

timo sería *Horizontes mexicanos*, como se bautizaría a la selección que en noviembre de 1959 —según consta en el *Diario inédito*— trabaja con el entonces joven editor y escritor Gastón García Cantú. *En busca del alma nacional* era el lema de una antología futura y no realizada en vida por el autor donde se reunirían sus diversos papeles mexicanos —es decir, tanto las obras necesarias (*Visión de Anáhuac* o *Ifigenia cruel*) como los papeles de “agregación casual” (—añadiríamos hoy nosotros— los diversos discursos fúnebres que escribió para ir despidiendo a sus amigos). El lema *En busca del alma nacional* no era nuevo. Reyes lo había expresado ya en 1922 en la “carta-prólogo” al libro *La tierra del faisán y del venado* del yucateco Antonio Mediz-Bolio (1884-1957).

Un pueblo se salva cuando logra vislumbrar el mensaje que ha traído al mundo: cuando logra electrizarse hacia un polo, bien sea real o imaginario, porque de lo real y lo imaginario está tramada la vida. La creación no es un juego ocioso: todo hecho esconde una secreta elocuencia, y hay que apretarlo con pasión para que suelte su juego jeroglífico. ¡En busca del alma nacional! Ésta sería mi constante prédica a la juventud de mi país. Esta inquietud desinteresada es lo único que puede aprovecharnos y darnos consejos de conducta política. Yo me niego a aceptar la historia como una mera superposición de

azares mudos. Hay una voz que viene del fondo de nuestros dolores pasados; hay una invisible ave agorera que canta todavía: *tihuic, tihuic*, por encima de nuestros rocares y rencores.

¡Quién lograra sorprender la voz solidaria, el oráculo informulado que viene rodando de siglo en siglo, en cuyas misteriosas conjugaciones de sonidos y de conceptos todos encontrásemos el remedio a nuestras disidencias, la respuesta a nuestras preguntas, la clave de la concordia nacional!¹⁹



(Dejo de lado y entre paréntesis las afinidades entre estas frases de Reyes escritas en 1922 y algunas de *La raza cósmica* (1925) de José Vasconcelos).

Cuatro años después, en 1926, Reyes retoma la expresión como un lema que acompañaría aquella hipotética analecta que sólo realizaría parcialmente treinta años más adelante, en 1952, en el breve libro-manifiesto que abre la colección “México y lo mexicano” dirigida por Leopoldo Zea: *La X en la frente* (1952)²⁰ que lleva el título, por cierto, no de un ensayo homónimo sino de una frase que se encuentra incrustada en el ensayo “La interrogación nacional”, escrito en 1930, astucia editorial que le ha costado algunos dolores de cabeza a los libreros. Dos años después, en 1932, Alfonso Reyes se vería forzado a recapitular sus relaciones con la “cuestión mexicana” en la carta abierta dirigida a Héctor Pérez Martínez “A vuelta de correo”. Haciéndose eco de unas opiniones de Ermilo Abreu Gómez, el joven odontólogo, periodista y político de veintiséis años había reclamado a Reyes de cuarenta y tres en un artículo altisonante y vidrioso que no se ocupase suficientemente en su obra ni en *Monterrey. Correo Literario de Alfonso Reyes*, de México ni de la literatura mexicana, y que menos se decidiera a tomar partido en las polémicas guerrillas que entonces, en el sentido militar, divertían a la república literaria mexicana enfrentando a los escritores del movimiento conocido como Contemporáneos contra los autores montados en el discurso nacionalista y desde luego en sus presupuestos económicos y políticos. Guillermo Sheridan en *México en 1932: La polémica nacionalista* ha reunido más de un centenar de diversas voces para estudiar ese momento desde un acucioso prólogo que ayuda al lector de hoy a comprender mejor esa hora lamentablemente perdurable.

En su carta-ensayo “A vuelta de correo”, el hasta entonces pacífico y salomónico Alfonso Reyes estalla y expone con vigor su punto de vista sobre esta falsa cuestión que levantaba y aún levanta —bajo diversas máscaras— polvo y ámpula. El valor crítico del ensayo va más allá de las circunstancias de aquella fatigada polémica que en realidad venía de años atrás y en la cual se entrelineaba el supuesto afeminamiento de la literatura mexicana que ya a Francisco Monterde le había tocado atajar en 1924 para encarecer la condición viril, nacional y cosmopolita de la literatura mexicana a través de la

¹⁹ *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo II, Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión, México, 1995, pp. 421-422.

²⁰ La serie fue publicada por la Antigua Librería Robredo, animada por Rafael Porrúa Terrazas. Como dato significativo registro que esta librería para bibliófilos desapareció junto con el domicilio mismo: la esquina que hacían las calles de Guatemala y Argentina en el Centro. Actualmente, se descubren ahí las ruinas del Museo del Templo Mayor. Por otra parte, *La X en la frente* se titula una antología mexicana de Alfonso Reyes preparada por Stella Mastrangelo para la Biblioteca del Estudiante Universitario de la UNAM en 1993.

obra de Mariano Azuela. El ensayo no sólo resulta indispensable para comprender el proceso por el cual Reyes llega a afirmar un canon ético y estético de la literatura mexicana y aun hispanoamericana, sino para comprender la economía íntima del quehacer literario de Alfonso Reyes quien buscaba alcanzar, por así decir, una forma clásica con sustancia y experiencia vividas en un país de países tan nuevo y tan viejo como México.

Desde muy joven, al poeta-polígrafo nacido en Monterrey lo cautivó el genio magnético de la geografía y el paisaje mexicanos. Uno de sus primeros ensayos es el que dedica a “Los poemas rústicos de Manuel José Othón” y que recoge en 1910 en las Conferencias del Ateneo, junto con los de otros ateneístas como Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos y Carlos González Peña. El joven Alfonso Reyes admira en Othón dos actitudes paralelas y complementarias: la adhesión contemplativa a la naturaleza como fuente de inspiración y devoción íntima y la voluntad figurativa y escultórica del lenguaje. La descripción del paisaje en Othón resulta así, a los ojos del joven Reyes, una oportunidad de realización interior y exterior, ética y estética y aun retórica y religiosa, como si hubiese leído al poeta chino Wang Wei —bien conocido de Octavio Paz— y supiera que sólo es posible pintar un rayo de luz cuando éste se ha creado previamente en nuestro interior.

Reyes seguirá abundando en esta indagación visionaria de la naturaleza, acaso influido por las lecturas del romántico Chateaubriand, en el ambicioso y conciso ensayo “El paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX”. Ahí el poeta-crítico irá contrastando las voces de los poetas y las tradiciones literarias de que surgen con la experiencia y la intuición, a la vez geográfica e histórica, de que lo que sucede verdaderamente en la historia adviene en realidad en la geografía y lo que abre el camino del auto conocimiento personal, civil y social ha de pasar antes por la exploración misma de la tierra, los hombres y sus expresiones.

Estos ejemplos permiten tal vez entender porqué a Alfonso Reyes no le resultaba fácil cumplir aquella cita editorial con la antología mexicana que venía anunciando desde años atrás —y que alguno de sus amigos, por ejemplo el Abate González de Mendoza, había pensado hacer con el título *Al servicio de México*. Y es que Reyes, a lo largo de su longevidad escrita y de sus diversas edades literarias (de 1905 a 1913 en México; de 1914 a 1924 en España; de 1927 a 1938 en Argentina y Brasil; de 1939 a 1959, desde su instalación definitiva en México hasta su muerte) no dejó nunca de crear un tren de obras en verso y en prosa —poemas, narraciones, ensayos, viñetas— donde el horizonte de la cultura mexicana se tiende como una puerta que le permitirá al escritor no sólo interrogar y enriquecer su raigambre nacional y aun continental sino también y sobre todo

seguir su propio impulso creador y ensayar técnicas, estilos, modos y aires idóneos para ir expresando el caudal de su vocación multiforme. México pasó de ser un asunto para transformarse en un método, en una actitud de la sensibilidad del escritor activo y contemplativo, fraguada a golpes y a sangre (“¿Qué será de México? —le dice a Pedro Henríquez Ureña en 1914—. Creo que todos están manchados y que es irremediable que sigan matándose?”). Una actitud o método que va más allá de lo accesorio y decorativo y que en cierto modo se le transformaría —a él, escritor de tiempo y vida completos— en una oración perpetua, en una plegaria incesante, es decir, en una devoción sólo menor a la religiosa con que asumió la práctica misma de la literatura. Gabriel Zaid, a quien está dedicado este discurso, ha llamado la atención sobre “Los poemas religiosos de Alfonso Reyes”,²¹ enfatizando la vertiente escéptica y algo pagana del otro regiomontano ilustre. Años antes, la puertorriqueña Concha Meléndez²² en su estudio sobre la poesía de Reyes había señalado la relación entre el sentido de la soledad y el sentido religioso en sus poemas. A esas reconstrucciones me permitiría yo añadir o sobreponer otra: la que buscaría desentrañar en la experiencia literaria de Alfonso Reyes una devoción o piedad santificadora del lugar y de los genios del lugar que lo vieron nacer. Acaso no sea casual que, una de las escasas veces que aflora en la cascada de páginas alfonsinas la palabra “Cristo” con una inquietante carga afectiva, sea en el poema que le dedica a su padre el general Bernardo Reyes. El poema fue escrito casi veinte años después de su caída en el zócalo frente a las puertas de Palacio Nacional (advértase, con José Emilio Pacheco, que a diferencia de la gran mayoría de los escritores modernos, Reyes no odió sino que adoró a su padre, *sobre todo después de su muerte*):

† 9 DE FEBRERO DE 1913²³

¿En qué rincón del tiempo nos aguardas,
desde qué pliegue de la luz nos miras?
¿Adónde estás, varón de siete llagas,
sangre manando en la mitad del día?
Febrero de Caín y de metralla:
humean los cadáveres en pila.
Los estribos y riendas olvidadas
y, Cristo militar, te nos morías...

²¹ Gabriel Zaid, “Ensayos sobre poesía”, *Obras 2*, El Colegio Nacional, México, pp. 531-540.

²² Concha Meléndez, “Moradas de poesía en Alfonso Reyes” en *Obras completas de Concha Meléndez*, Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan de Puerto Rico, 1974, pp. 597-600.

²³ *Obras Completas de Alfonso Reyes. Constancia poética*, volumen X. Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, primera edición 1959, tercera reimpression, México, 1996, pp. 146-147.



Dibujo de Rubén Bonifaz Nuño

Desde entonces mi noche tiene voces
huésped mi soledad, gusto mi llanto.
Y si seguí viviendo desde entonces

es porque en mí te llevo, en mí te salvo,
y me hago adelantar como a empellones,
en el afán de poseerte tanto.

Río de Janeiro, 24 de diciembre de 1932

Dos años antes, en 1930, Reyes había escrito la breve *Oración del 9 de febrero* que sólo se publicaría póstumamente. Pasada en limpio, en Brasil, años después de la muerte patética del general, la *Oración* es, junto con el poema, una sutil muestra del proceso extremo de mitologización a que la piedad filial condujo al escritor. La expresión “Cristo militar” es asombrosa y recuerda un ensayo del propio Reyes escrito en 1919 donde se habla de “La derrota que hace triunfar: Cristo —no cabe la menor discusión— fue derrotado militarmente; se entregó sin combatir, que es el colmo de la derrota.”²⁴ Pero Bernardo Reyes no se entregó sin combatir, sino que buscó la muerte con las armas en la mano, y su comparación con Cristo suena por lo menos exagerada.

El poema arrastra como sombra la *Oración del 9 de febrero* (1930). Esta “oración” —el título es significativo— la editó en 1969, diez años después de su defunción y a instancias de doña Manuela Mota, su viuda, Gastón García Cantú. Ahí Alfonso Reyes explora las fuentes y rituales de esa “religión personal”, si se me

²⁴ *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomos IV y II, Ensanche de Fronteras, Fondo de Cultura Económica, primera edición 1956, segunda reimpresión, México, 1995, p. 54.

permite la expresión —algo más parecida a la de los romanos que a la de los griegos— que partiendo de un oficio de piedad hacia los antepasados, la *parentalia* de Ausonio, seguía las voces de los genios del lugar habitado por los seres queridos y, en fin, impregnaba la visión del país-paisaje de un inaplazable sentido ético, crítico y estético. Esa liga pegajosa —la voz es de E.M. Cioran— con el país no sólo ayuda a entender altos poemas como *Visión de Anáhuac*, *Ifigenia cruel* o *Yerbas del Tarahumara*, hondos ensayos como *A vuelta de correo* o el *Discurso por Virgilio*, narraciones como “Silueta del indio Jesús” o “El testimonio de Juan Peña” sino declaraciones como aquella que le hace a su amigo y maestro Pedro Henríquez Ureña: “tiemblo cada vez que recibo una nueva carta de México” o hasta confidencias marginales como aquella que hace muchos años después en *Matrícula 89*,²⁵ a propósito de ese sarape que como el amor por México le acompañaría toda su vida y que es, por cierto, muestra de esa maestría prosística que Borges y Bioy le admiraban:

El poncho que todavía tiendo de sobrecama vino a casa cuando yo nací, y ha sido objeto mío desde entonces. Acompaña mis fortunas y viajes. Tan raído se va quedando. Tan calvo está como yo mismo —y de igual humor. Suele servirme contra el frío de las excursiones en auto. Me hace de cama rústica o de mantel improvisado en el campo. Tiene un color de tigre, dorado y enrojecido a fuego. Le veo como parte de mi epidermis, cónyuge de mis costumbres. Ni lo quiero ni lo aborrezco: no lo siento ya. Se prepara a morir conmigo, y así acelera solícitamente su ruina; porque los hombres nos quemamos más de prisa que nuestras mantas. En él he escondido intentos y pecados. Por él se dijo: “Debajo de mi manto, al Rey mato”. Él es mi capa de que hago, cuando quiero, un sayo. Él es mi capa que todo lo tapa. Él es todo lo que dicen de él los refranes. Y hasta se llama “Poncho”, como yo mismo en el diminutivo de mi tierra natal.

¿Por qué Alfonso Reyes que tanto se editó y reeditó no hizo la prometida antología mexicana? La respuesta que traigo es que dicha tarea lo hubiese obligado de algún modo a una reformulación del propio orden editorial; no se le ocultaba que la escritura de “una historia de la idea nacional”, la sistemática indagación en el alma mexicana, que diría José Luis Martínez, pasaba por una revisión y una historia crítica de sus propias ideas en torno a México, a la literatura, al deber civil en el cruce con la deuda vocacional, en fin, pasaba por una autobiografía intelectual que ciertamente inició con la *Historia documental de mis libros* (1957), título y proyecto, por

²⁵ *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo VIII, Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión, México, 1996, pp. 351-352.

cierto inspirado en un libro de su querido Alphonse Daudet. La idea nacional de Alfonso Reyes expresada en los numerosos textos que dedicó a la historia y a la literatura nacionales (alrededor de medio millar para decir poco), sin contar los libros de memorias y los ensayos de índole teórica, practican y van en busca de una idea: la concordia. Es una idea que lo acompaña desde 1922 por lo menos hasta el final de sus días. La conciencia individual del dolor personal y social lo lleva de la mano a la postulación de la reconciliación y la concordia como un ideal social, cultural y literario. De hecho, Reyes va más allá: se trata de un ideal que trasciende la ensimismada crucifixión mexicana para abrirse paso hacia el más amplio y ecuménico horizonte iberoamericano. Es un ideal risueño pues —como escribió Reyes en “La sonrisa”,²⁶ un texto citado por Jaime Torres Bodet en su oración fúnebre en honor del “hijo menor de la palabra”— cuando “el hombre sonríe: brota la conciencia. Pues entonces funda la civilización y empieza con ella la historia”.

Desde que llega a instalarse a México definitivamente en 1939 hasta su muerte en 1959, Reyes se sabe de regreso de una larga odisea criolla y sufre en carne propia lo que se siente ser “peregrino en su patria”, extranjero en su propio país, un descastado al que nadie conocía realmente por su obra y al que se le ha cumplido el sueño de regresar a donde-ya-no. Octavio Paz evocando al autor de *El gesticulador*, Rodolfo Usigli y su autoexilio voluntario en México, recuerda que “...el mismo Reyes en apariencia tan festejado, decía con frecuencia a todos los que queríamos oírlo que vivía exiliado en su propia tierra”.²⁷ Era natural que desde ese mirador no sólo se dedicase a trabajar como hebreo en Egipto editando y reeditando sus propios libros (inéditos o perdidos y dispersos con diversos sellos de distintos países) hasta lograr en 1955 que el Fondo de Cultura Económica le cumpliera—“espontáneamente” y sin que él lo pida al Director, don Arnaldo Orfila Reynal, según deja constancia en el *Diario*—²⁸ el sueño de editar sus *obras completas*. Después de todo se lo había ganado a pulso, pues como unos años antes, en 1949, le escribiera a Jesús Silva Herzog, editor de *Cuadernos americanos*: “Le doy mil pesos a quien me demuestre que ha habido otro autor mexicano que muestre mayor actividad en todos los siglos de la imprenta en México”.²⁹

²⁶ En *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo III, Fondo de Cultura Económica, primera edición 1956, segunda reimpression, México, 1995, pp. 237-242.

²⁷ Octavio Paz, *Obras completas*, “Miscelánea II”, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, México, 2001, p. 126.

²⁸ Publicado en 1955.

²⁹ *Correspondencia Alfonso Reyes/Jesús Silva Herzog, 1939-1959*, Compilación, introducción y notas de Alberto Enríquez Perea, El Colegio de México/Colegio de San Luis Potosí, México, 2001, p. 58.

La palabra “concordia” que Reyes traía desde siempre a flor de sonrisa y que trajo, por así decir, debajo de la lengua toda la vida, y que es el hilo conductor, la sonrisa que hilvana sus páginas mexicanas y helénicas, cervantinas y gongorinas, brasileñas y críticas, vuelve a sus labios al despedir al poeta venezolano Andrés Eloy Blanco, ex ministro de Relaciones Exteriores de Rómulo Gallegos, que muere en esta ciudad en 1955. (México, desde antes de José Martí, siempre ha sabido brindar abrigo a las diásporas hispanas —americanas o peninsulares). Al poeta de Cumaná, amigo de Federico García Lorca, coterráneo de José Antonio Ramos Sucre y de los antepasados maternos de Alejandro Rossi, le toca recibir de Alfonso Reyes este noble elogio póstumo que sienta sus reales en una poderosa inteligencia de las circunstancias profundas de la cultura mexicana y, más allá, iberoamericana:

Cada civilización crea su tipo, su ideal humano: el “héroe” aqueo; el “magnánimo” ateniense, el *Vir bonus* romano; el “paladín” medieval; el “hidalgo” y el “caballero” españoles; en Inglaterra el *gentleman* en Francia el *honnête-homme*, en Prusia, el *Junker*; el “hombre sport” (sentido moral) en Estados Unidos; y yo creo que, en Hispanoamérica, a pesar de todos los pesares, “el hombre cordial”. No aquél cuya voluntad “se ha muerto en noche de luna”, sino aquel cuya alma se desborda como fuente henchida a la más leve sollicitación, al menor pretexto.³⁰

Si París bien vale una misa —como dizque concedió Enrique IV, el príncipe amigo de Michel de Montaigne, para concluir las guerras de religión en el siglo XVI—, señoras y señores, Alfonso Reyes —el mejor escritor mexicano en prosa y en verso de la primera mitad del siglo XX—, el autor que acuñó esta idea cordial de cultura, el poeta crítico que sentó las bases de un canon moderno de la prosa y del verso para las letras mexicanas e hispanoamericanas, el autor infatigable que supo hacer de la escritura, al pie de la letra, una oración incesante, una filocalía estética y crítica, el poeta que supo transmutar sus dolores individuales en una religión a la vez personal y nacional, a la par nacional y regional, el hombre que tendió a través de las redes de su correspondencia innumerable un vasto sistema de vasos comunicantes, creando así una suerte de hidrografía subterránea del orden cultural iberoamericano, salvando las diferencias entre una cultura nacional y otra; el soterrado creador de una auténtica misión diplomática, elevadamente política y no imperial, el teórico de la literatura

³⁰ *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo XXII, Fondo de Cultura Económica, primera edición, México, 1989, p. 554. Véase también Ribeiro Couto: “El Hombre Cordial, producto mexicano” en *Monte rrey*, núm. 8 de marzo de 1932, p.3.

Reyes se sabe de regreso de una larga odisea criolla y sufre en carne propia lo que se siente ser “peregrino en su patria”, extranjero en su propio país...

que deslindó y quiso poner al día y a la hora el reloj de la crítica en México e Iberoamérica, el poeta proteico en verso y en prosa, el traductor innumerable, el Reyes casual que siempre anda jugando a la gran prosa, bien vale una relectura a fondo, vale las reediciones y las reimpressiones, vale las copiosas antologías, vale y hace valer el instrumental editor que las tecnologías ponen a nuestra disposición y vale acaso una cuidadosísima relectura de lo ya transcrito y publicado. Vale la recomposición editorial de sus textos de teoría literaria, los trabajos nuevos sobre su poesía, su ficción, su vida y su teatro. Vale la publicación próxima del *Diario* inédito; vale la edición organizada de las todavía muchas correspondencias faltantes; vale eventualmente la reedición en orden cronológico de los epistolarios ya editados y por editar,³¹ vale, en fin, una *Visión de México*, un antología de sus escritos mexicanos como la que él mismo soñó a lo largo de su vida³² y que ha sido como el hilo de Ariadna que en cierto modo ha guiado mis pasos por los laberintos de la historia de México y de la obra de Alfonso Reyes hasta permitirme llegar a esta ilustre Casa de la Lengua y de las palabras que en adelante será mi asiento. Gracias por concedérmelo.

³¹ Tal y como ha sido sugerido por Javier Garcíadiago en “Hacia las ‘cartas completas’ de Alfonso Reyes”, *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, julio de 2003, pp. 17-20.

³² Pe ro, si se hiciera ahora, ¿qué habría de contener dicha antología mexicana? Incluiría en primer lugar las memorias, papeles y viñetas autobiográficas diversas sin excluir la *Historia documental de mis libros* ni las diversas comunicaciones y mensajes clínicos. Debería integrar el *Diario* inédito en su totalidad y una copiosa selección de la correspondencia. Una pieza fundamental de este espacio es la breve *Oración del 9 de febrero* y los textos afines de donde se puede desprender el proceso que llevó a Alfonso Reyes a la configuración de una religión personal. En segundo orden se habrían de incluir todos los cuentos, poemas y ensayos breves con asunto y —ahí empiezan las dificultades— entonación “mexicanos” (“La mano del comandante Aranda”, “Silueta del indio Jesús”, “Glosas de mi tierra”, “Cara y cruz del cacto”). En un tercer orden cabría desplegar esa historia de México que Reyes fue escribiendo a trechos y saltos a lo largo de su vida fértil: *Visión de Anáhuac*, *Letras de Nueva España* y los numerosísimos ensayos, perfiles y semblanzas que escribió sobre momentos y protagonistas en la historia y las letras de México, habría que acomodar en un apartado todos aquellos textos y discursos que escribió directa o indirectamente para situar en los calendarios actuales las pegajosas y no siempre útiles cuestiones nacionales (ahí irían “A vuelta de correo”, “Discurso por Virgilio”, “Marsyas o el folklore”). Este conjunto monumental de textos —más de tres mil páginas— debería por supuesto organizarse y para su mejor inteligencia crítica según progresiones diversas. En parte, salvo el *Diario*, esta antología mexicana es la que habría de editar la UNESCO bajo el título *Visión de México* en futuro próximo bajo la coordinación editorial del autor de este discurso.

II

Con alegría y reverencia ingreso a esta noble corporación, fundada en México en 1870 (a instancias de la Real Academia Española que fue a su vez fundada en 1714) por un puñado de mexicanos ilustres, entre los que se encontraba el entonces presidente de la República, Sebastián Lerdo de Tejada, Joaquín García Icazbalceta y Alejandro Arango y Escandón, primer propietario de la silla número II que tendré el honor de ocupar y que resulta en esta genealogía como mi chozno, primer abuelo. Agradezco a Mauricio Beuchot, Eulalio Ferrer y José Luis Martínez el haber apoyado mi candidatura para ocupar esta ilustre silla para la cual el pleno, dirigido por doctor José G. Moreno de Alba, me eligió desde noviembre de 2003, según me hizo saber Don Salvador Díaz Cíntora, nuestro recién fallecido Secretario.

En esta casa se alojó la Academia Mexicana de la Lengua desde el 15 de febrero de 1975³³ hasta que el 19 de noviembre de 2002 mudó su domicilio a la flamante residencia situada en la calle de Liverpool, gracias a la generosidad de Don Alejandro Burillo Azcárraga, Presidente de la Fundación Amigos Pro-Academia. Hoy este edificio alberga la Casa del Lector dependiente de la Editorial Jus (sello tradicional de las *Memorias* de esta corporación), a la cual agradezco cumplidamente la posibilidad de realizar aquí esta sesión solemne.

Vengo a recoger la antorcha y cuidar el rescoldo que arde en la silla número II en la que me han precedido personas tan insignes como don Francisco Monterde —director durante años de nuestra Academia— y don Héctor Azar. Tuve la fortuna de conocer y estrechar la mano de los dos propietarios antecedentes de esta silla, que agradeceré durante mucho tiempo a ustedes, señoras y señores académicos, haberme asignado.

Por invitación de los poetas David Huerta y Jaime García Terrés a principios de 1975 entré a trabajar a la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica; ahí conocí al autor de *Moctezuma, el de la silla de oro*. El ilustre Francisco Monterde y García Icazbalceta —que

³³ “El 7 de agosto de 1956 la Academia adquirió en propiedad la casa número 66 de la calle de Donceles, para establecer en ella su domicilio oficial, y lo inauguró el 15 de febrero de 1957, con la asistencia de José Ángel Ceniceros, Secretario de Educación Pública, en representación del señor Presidente de la República Adolfo Ruiz Cortines.” En Academia Mexicana de la Lengua, *Anuario 2002*, México, D.F.

dirigió esta corporación de 1960 a 1972— era, en el orden aparente, una silueta frágil, de vivaces ojos traviesos. Don Francisco —o don “Panchito”— como lo llamaban con respeto cariñoso los empleados y secretarias, llegaba a las diez de la mañana a un escritorio de hierro gris cubierto por un grueso vidrio. Corregía a lápiz manuscritos de autores o traductores no tan primerizos. Usaba una corbata impecable y casi idéntica que iba combinando con un traje gris —siempre otro y siempre el mismo— y unos lentes azorinescos con aro de oro para el cristal translúcido. Detrás de su apariencia de duende y de su aire deportivo —joven de ochenta y un años— se guardaba una de las plumas más finas y memoriosas y uno de los lápices más afilados y laboriosos de las letras mexicanas contemporáneas. Discreto fundador de instituciones, creó revistas como *Antena* (1924), dio clase amistosa desde la cátedra, la biblioteca, las revistas, los suplementos literarios y, a través de sus numerosos prólogos, estudios históricos, bibliografías comentadas, libros de poemas, estampas y cuentos, Monterde, creador furtivo de un canon de las letras mexicanas, fue hilvanando el hilo de la tradición en la trama de la nueva ciudad literaria de la que fue como un guionista o un apuntador discreto que va siguiendo desde la sombra la evolución de agonistas, coros y comparsas. De niño tomó clases de dibujo con José María Velasco, y quizá de ahí le quedó el buen ojo para las cuestiones tipográficas. Su gran pasión fue el teatro, la imaginación escénica y su historia. Y a través de la aguja argentina del escenario presente y pasado fue realzando la dignidad del oficio de leer, escribir y editar con pulcritud, honradez y conocimiento. Me emociona pensar que sus finas manos dibujantes pudieron estrechar las del espectacular pintor paisajista, y que todavía yo a mis veintitrés años pude tomar entre las mías esa mano limpia que también había estrechado las de Luis G. Urbina, Amado Nervo, José Juan Tablada, Alfonso Reyes y Héctor Azar. Me emociona recordar que esgrimió la pluma con inteligencia incisiva a la hora de participar en la célebre polémica sobre el afeminamiento de la narrativa en México y afirmar el valor literario de Mariano Azuela. ¿Y quién no recuerda que Monterde fue uno de los pioneros en el jardín *bonsái* de las letras mexicanas con los *hai-kai* de su *Itinerario contemplativo* publicados en 1923 con elogio de José Juan Tablada? ¿Y quién no sabe que fue durante muchos más brazo secular y colaborador benemérito de la Biblioteca del Estudiante Universitario y activo conferencista en el Seminario de Cultura Mexicana, bibliotecario emérito, director de la Imprenta Universitaria y subdirector de la Biblioteca Nacional, o que es el autor de una delicada obra sobre Gutierre de Cetina y otra sobre Manuel Gutiérrez Nájera íntimo? Además fue uno de los animadores más templados de aquella estribación de la narrativa mexicana, la legendaria y fa-

bulosa neo virreinal (algo inspirada en los abismos minuciosos del *Gaspard de la nuit* de Aloysius Bertrand) que dio como resultado obras de tradicional arrastre tan distintas y tan ricas como *Visionario de la Nueva España* de Genaro Estrada (1921) o *El canillitas* (1941) de don Artemio del Valle Arizpe. Pero esta literatura retrospectiva no podría haberse escrito sin un agudo sentido del presente del pasado y del presente por venir: de ahí que Monterde haya sido capaz de interpretar la clave en que estaba escrita una de las cartas cifradas de Hernán Cortés, como ha recordado atinadamente Don José Luis Martínez en *Homenaje a la hazaña de don Francisco Monterde*, de ahí que haya sabido escribir ese delicado y humanísimo *Temor de Hernán Cortés*; de ahí que haya compuesto en 1945 *Moctezuma, el de la silla de oro* —una de sus más perfectas narraciones— como un “poema cinematográfico”, con el cual no se atreve todavía ningún director o guionista del cine mexicano, aunque un poeta, el de la voz, en *Recuerdos de Coyoacán* (1998), haya tomado de ese libro la acuciante imagen del cadáver insepulto de Moctezuma a la deriva por los canales que hoy cruzamos como calles.

El poema mencionado, *Recuerdos de Coyoacán*,³⁴ fue escrito en el invierno de 1997-1998, unos meses antes de que Octavio Paz falleciera y está dedicado a este poeta

³⁴ Adolfo Castañón, *Recuerdos de Coyoacán*, Ditoria, México, 1997; Los Libros de la Galera Sol, España, 1999; Editorial Verdehalago, México, 2000.



Dibujo de Rafael Freyre



Dibujo de García Cabral

mexicano (que ganó en 1990 el primero y hasta ahora único Premio Nobel de Literatura para México) del cual fui colaborador y seguidor desde 1976 hasta su muerte, ya en mi calidad de corrector de la revista *Plural*, ya como corrector, editor o coordinador editorial de los diversos libros que el Fondo le publicara a partir de 1975: *Pasado en claro* (1975), *Xavier Villaurrutia en persona y en obra* (1978) y en particular el proyecto de los tres tomos de *México en la obra de Octavio Paz* (1987), germinado a partir de una idea de Luis Mario Schneider.

(Yo no sabría entrar a este recinto sin saludar y agradecer las enseñanzas humanas, técnicas y críticas que recibí en el Fondo de Cultura Económica a lo largo de los años. Ellas me han ayudado a despertar hasta donde he podido y a saber y creer que no hay nada más serio y exigente que la alimentación de la propia alegría intelectual.)

Al morir Octavio Paz, las palabras me empujaron a escribir otro poema: *Tránsito de Octavio Paz* (1998),³⁵ dedicado a su viuda Marie-José Paz. Si *Recuerdos de Coahuacán* fue escrito como una suerte de exorcismo donde el cantor se ponía en el lugar del poema y dejaba que batallaran libremente en la arena de la página las sombras de Alfonso Reyes y de Octavio Paz, *Tránsito* intentó decir la experiencia de la muerte del poeta desde la voz de otro poeta, y así el poema se dio como una relectura mexicana de la elegía fúnebre que W.H. Auden de-

dicó a la muerte de W.B. Yeats donde resuenan los ecos de otras, como la que P.B. Shelley puso sobre la tumba de John Keats o la que Alfonso Reyes dedicó a despedir a Manuel José Othón. Cuando concluí el poema yo no sabía a qué editor presentárselo. Una corazonada me llevó a llamar por teléfono a Héctor Azar, a la sazón secretario de cultura del gobierno de Puebla. Azar no dudó un instante, aunque se encontraba en los últimos meses de su gestión. Gracias a su celo tenaz el libro se publicó pronto y bien. Aunque conocía a Héctor Azar como un nombre significativo de las letras mexicanas y en particular del teatro en México, y el Fondo de Cultura Económica acababa de editar sus *Obras: dramaturgia y teoría escénica* en dos buenos tomos,³⁶ decidí releerlo como un tácito signo de gratitud hacia mi editor. Yo sabía, de oídas, por ejemplo, que había sido un extraordinario animador y director teatral, que allá por 1954 —dos años después de que yo naciera y cuando él sólo tenía veinticuatro— había fundado y dirigido “por nueve años el grupo Piloto de Teatro Estudiantil Universitario, Teatro en Coapa”. De él saldrían “figuras señeras” como Rosa Furman, Martha Zavaleta, Miguel Sabido, Juan Ibáñez. En Coapa contó —como refiere Manuel Alcalá— con la colaboración de María del Carmen Farías.³⁷ Esa misma, por cierto, que luego animaría como editora en el Fondo la exitosa colección *La cien-*

³⁵ Adolfo Castañón, *Tránsito de Octavio Paz*, Gobierno del Estado de Puebla, México, 1998; *Tránsito de Octavio Paz* seguido de *Recuerdos de Coahuacán*, prólogo de Soledad Loaeza Álvarez, Santo Domingo, República Dominicana, 1999; *Tránsito/The Passing of Octavio Paz*, Mosaic Press, Toronto, Canadá, 2000.

³⁶ Héctor Azar, *Obras: dramaturgia y teoría escénica*, tomos I y II, compilación y prólogo de Pedro Ángel Palou, Fondo de Cultura Económica, primera edición, México, 1998, pp. 538 y 455 respectivamente.

³⁷ Manuel Alcalá, “Bienvenida a Héctor Azar”, *Memorias de la Academia Mexicana*, tomo XXV, p. 211.

cia desde México. Conocía todos esos antecedentes de Héctor Azar pero no me había adentrado como lector en sus prodigiosas recreaciones del teatro clásico español, inspiradas en el Arcipreste de Hita y en la novela picaresca, en *El Periquillo Samiento* de José Joaquín Fernández de Lizardi o en *La pícaro Justina* de Francisco López de Úbeda, piezas todas en las que Azar recrea e imita esas obras clásicas con gracia y mágico poder de metamorfosis. Esos ejercicios de alta parodia recuerdan al oído fino los maravillosos divertimentos que Enrique Díez-Canedo y Alfonso Reyes practicaron en sus *Burlas literarias*.³⁸ Tampoco me había aventurado por la selva crítica y jubilosa de *Inmaculada*, *La Appassionata* o *Juegos de Azar* donde Valle-Inclán y Buñuel, Usigli, Novo y aun Fuentes y Garibay respiran a través de personajes que dan cuerpo y voz a la comedia mexicana. En estas obras tanto como en el ambicioso tríptico *Diálogos de la clase* medium, Azar supo dar nuevo y divertido aliento al teatro transformando el espacio escénico en un lugar de encuentro necesario de la sociedad consigo misma. Como un buen paisajista, Héctor Azar fue recreando con su periscopio satírico y con las lentes de aumento de sus prodigiosos retablos y farsas, las claves ocultas del *ethos* nacional y así sobrellevó con maestría y precisión la siempre necesaria “indagación del alma mexicana”, para citar nuevamente a José Luis Martínez. La lealtad de Héctor Azar al teatro y al hecho teatral —se refleja fielmente en esas caudalosas hojas de vida donde las páginas del escritor de dramas se alternan con las de editor y funcionario ejemplar; Azar sabía muy bien que la única manera de hacer vivir en los países de Hispanoamérica a las empresas culturales es empeñándose en ellas, poniendo el cuerpo letrado y la cara escrita y leída, afirmando las empresas e instituciones ya existentes y sembrando otras, trabajando siempre por la cultura dentro y fuera de las murallas del Estado, arriba, abajo y alrededor de esos muros invisibles, con dignidad e independencia, con la sonrisa en la boca pues el desierto de la ignorancia y de la apatía, del nihilismo y el descuido de la propia herencia crece con cada distracción, con cada desánimo. De ahí que se haya decidido a fundar una institución como el CADAC (Centro de Arte Dramático, A.C.).

La última tirada de dados que compartí con Héctor Azar, editor atinado de *La cabra* (1971-1982), la pionera revista dedicada al teatro universitario y sus asuntos, no pudo ser más afortunada. Andábamos en la editorial, entonces dirigida por el Lic. Miguel de la Madrid —ex mandatario de la República que un día cambió la planeación económica por la editorial—, buscando mancuernas de autores actuales —uno vivo y otro di-

funto— para una colección de literatura en voz alta grabando un autor actual que le prestara su voz a otro clásico. Jugábamos con los nombres de Pablo Neruda, Manuel José Othón, Rubén Darío, Amado Nervo o Manuel Gutiérrez Nájera, y les íbamos buscando engranes de tono, timbre o personalidad con las voces de algunos clásicos contemporáneos como Alí Chumacero, Eduardo Lizalde, Juan Gelman o Jaime Sabines. Se me ocurrió que podía darse una buena aleación entre los poemas y cuentos de Manuel Gutiérrez Nájera y la voz versátil de Héctor Azar, tan bien entrenada para salvar las dificultades de pronunciación y de variación rítmica. Así que le hablé para proponerle la ocurrencia. Quién sabe qué carambola estocástica desató en la mente apasionada de Héctor Azar pues apenas si terminaba yo de hacerle la propuesta cuando, en vez de oír una réplica directa, me recetó a flor de labio los ciento seis versos cristalinos de “La duquesa Job”, en que se reparten las estrofas ondulantes del poema:

(a Manuel Puga y Acal)

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces el Duque Job.

No es la Condesa de Villasana
Caricatura, ni la poblana
de enagua roja, que Prieto amó;
no es la criadita de pies nudosos,
ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce
de las carreras el alto goce
y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los querubes que vio Jacob,
fueron tan bellos cual la coqueta
de ojitos verdes, rubia griseta
que adora a veces el Duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa,
sí por Plateros alegre pasa
y la saluda Madame Marnat,
no es sin disputa, porque la vista;
sí porque a casa de otra modista
desde temprano rápida va.

³⁸ *Obras completas de Alfonso Reyes*, tomo XXIII. Fondo de Cultura Económica, Ficciones primera reimpresión, México, 1994, pp. 249-267.



No tiene alhajas mi duquesita
pero es tan guapa y es tan bonita,
y tiene un cuerpo tan *v'lan*, tan *pschutt*;
de tal manera trasciende a Francia
que no la igualan en elegancia
ni las clientes de Hélène Kossuth.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee o francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del Duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
en las baldosas! ¡Con qué meneo
luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
mira a los hombres, y con qué gracia
frunce los labios —¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra
ella, ligera como una cebra
sigue camino del almacén;
pero ¡ay del tuno si alarga el brazo!
¡nadie le salva del sombrillazo
que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,

Esprit rociado de Veuve Clicquot;
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviesos de colegiala
como los ojos de Louise Théo!

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,
Media de seda bien restirada,
gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
y palpitantes sobre la nuca
rizos tan rubios como el coñac.

Sus ojos verdes bailan el tango!
Nada hay más bello que el arremango
provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
Cual mi sedosa blanca gatita,
diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah!, ¡tú no has visto cuando se peina,
sobre sus hombros de rosa reina
caer los rizos en profusión!
Tú no has oído qué alegre canta,
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!... ¡Con qué alegría
oye en su lecho bullir el día
y hasta las nueve quieta se está!

¡Cuál se acurruca la perezosa,
bajo su colcha color de rosa,
mientras a misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
cubre sus rizos, el limpio traje
aguarda encima del canapé;
altas, lustrosas y pequeñas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie.

Después, ligera del lecho brinca.
¡Oh, quién la viera cuando se hinca
blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia,
ni mis amigos de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
con apetito los dos tomamos
un par de huevos y un buen beefsteak,
me da botella de rico vino,
y en coche juntos, vamos camino
del pintoresco Chapultepec.

Desde las puertas de la Sorpresa
hasta la esquina de Jockey Club
no hay española, yankee o francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del Duque Job.³⁹

1884⁴⁰

No me lo esperaba. Nunca nadie me había recitado por teléfono y de memoria corrida una composición tan extensa. Me costó algún trabajo deshacerme el nudo en la garganta para expresar al maestro —ya no había otra palabra— mi rendida admiración. El desenfado y casual virtuosismo con el cual me había servido su recreación —de la “poesía suelta y juguetona”, *dixit* José Luis Martínez— de Manuel Gutiérrez Nájera, su memoriosa facultad para apoderarse en un instante del “mundo cotidiano, frívolo y afrancesado” del poeta

³⁹ Manuel Gutiérrez Nájera, *El duque Job. En la voz de Héctor Azar*, Fondo de Cultura Económica, primera edición 1999, primera reimpresión, México, 2002, cinta y disco compacto.

⁴⁰ Manuel Gutiérrez Nájera, *Obras*, estudio y antología general de José Luis Martínez, Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, México, 2003, pp. 116-119.

que se va soltando el pelo a la par que su alegre y risueño personaje no sólo me dejaron mudo de admiración sino que desencadenaron en mí una gratitud y una euforia no exentas de melancolía; una oleada feliz de escalofrío angélico me invadió: yo no había oído a Héctor Azar declamando como una máquina al prosista y poeta mexicano, al primer lector de Gérard de Nerval en México, al que preludió el modernismo de Rubén Darío, Julián del Casal y José Asunción Silva, al poeta que murió leyendo los marmóreos *Trophées* de J.M. Heredia. Gracias a Héctor Azar mi fantasía me hizo pensar por un momento que me había rozado el alienato mismo del Duque Job. ¿Cómo ser digno de tal experiencia? Algunos meses después, cuando la grabación estuvo lista y el libro grabado se dio de alta (curiosa expresión nacional que hermana a los hospitales con las editoriales), pude llamar por teléfono a Héctor Azar, no sin antes haber escuchado el disco y conmoverme de nuevo con la forma felina en que saltaba instintivamente de la imitación a la metamorfosis. Unos días después, dejó el teatro del mundo. Me consolé en secreto pensando que yo no sólo había coronado su fantasía de trovador errante sino que, como editores, nos había sido dado salvar de la olvidadiza oscuridad, en su aliento, un eslabón de la lírica trenza. Me consuelo imaginando a Héctor Azar recitándose en voz baja los versos de Manuel Gutiérrez Nájera o bien los del Arcipreste de Hita o los de Lope de Vega o los de Sor Juana como quien eleva una plegaria o suelta un bálsamo con el cual va lavando las heridas de su más íntima piel. Si bien desde siempre había estimado al “Duque Job”, acaso por ser uno de los poetas que mi propia madre sabía recitar por fragmentos, el *impromptu* asombroso de Héctor Azar me llevó a leer y a releer en verso y en prosa, y a explorar sin desmayo el mágico teclado de Gutiérrez Nájera. Paralelamente, la obra de Héctor Azar se me transformó en otra cosa y desde entonces empecé a leerla con un sentido de iniciación consciente de que no hay desperdicio alguno en su creación teatral y poética ni en sus meditaciones dramáticas pues supo entregarse al mundo escrito y actuado del teatro y del hecho teatral con el inimitable desprendimiento amoroso del que sabe “ir y volver y con quedar partirse” hasta lograr la exactitud del níquel. Espero, desde esta butaca, ser digno de su cordial memoria. ¶

Las imágenes que acompañan este texto pertenecen al libro *Alfonso Reyes en caricatura*, Instituto de Investigaciones Bibliográficas, UNAM, México, 1989.

...no hay nada más serio y exigente
que la alimentación de la propia alegría intelectual.